

SEA BREVE						
Microcuentos	Aforismos	Greguerías	Haikus	Epígrafes	Epigramas	Frases lapidarias
Versos sueltos	Acertijos, enigmas y adivinanzas		Exabruptos	Palíndromos	Epitafios	
Lemas y divisas heráldicas		Esloganes políticos y/o publicitarios		Descripciones sumarias		
Mensajes cifrados, encriptados o codificados			Máximas y sentencias célebres (apócrifas o no)			
Anagramas	Coplas	Telegramas	Estribillos del pop o del reguetón		Últimas voluntades	
Conjuros satánicos		Dedicatorias	Latinajos	Notas a pie de página	Resúmenes y extractos	
Disertaciones y discursos inaugurales del tipo "voy a ser breve" y los carraspeos que los preceden						
Refranes	Ruegos y plegarias	Algunos chistes		Fonética del orgasmo	Interjecciones	
Jaculatorias	Onomatopeyas	Caligramas	Tiras cómicas de prensa (si exceptuamos esta)			

## Más realismo, pero esta vez del bueno

Nickolas Butler plantea una historia generacional, donde templea con maestría las emociones de unos personajes complejos

POR JOSÉ MARÍA GUEL BENZU

De un tiempo a esta parte, la novela norteamericana se ha ido afirmando cada vez más al realismo para contar sus historias. El atrevimiento de generaciones anteriores parece haberse esfumado en favor del relato de la vida cotidiana. No es un grave problema por ahora (el de la narrativa realista) porque la novela y el cuento siguen mostrando músculo literario y, a veces, golpes de audacia como el que nos ofrece *El corazón de los hombres*.

La audacia está en la construcción de la trama. Butler plantea una historia generacional y para ello la divide en tres partes. Cada una tiene un protagonista diferente, aunque relacionados entre sí. En la primera seguimos a Nelson, un muchacho en un campamento de *boy scouts* acosado por sus compañeros y con el que sólo un chico, Jonathan Quick, se muestra amistoso. El jefe del campamento, un viejo soldado llamado Wilbur, le aprecia y le explica: "Se meten contigo porque te temen, porque eres mejor que ellos y lo saben".

Segunda parte, 34 años más tarde: Jonathan Quick lleva a su hijo Trevor al mismo campamento, ahora dirigido por Nelson. Los dos, más una amante de Jonathan y Trevor, pernoctan en un motel donde se produce una discusión durísima en la que el padre trata de demoler la imagen que el hijo tiene de su novia para acostumbrarlo a la dureza de la vida. Es una escena soberbia en la que rezuma la frustración del padre y la dolorosa ingenuidad del chico.

La tercera parte la protagoniza Rachel, la novia de Trevor, hoy viuda de este, que lleva a su hijo Thomas al mismo campamento, dirigido



ahora por un avejentado Nelson. En ella sabremos de la vida de Trevor adulto. El chico Thomas es ya un joven de la era digital.

Cada parte tiene un conflicto propio y una escena climax de verdadera potencia. Los tres chicos re-

presentan el resultado de los valores adquiridos en el campamento: los padres y las madres, la mediocridad y frustración de la clase media americana. Ellas soportan el peso de la familia y los hombres beben, se des-

componen y quieren divorciarse con la ilusión de empezar otra vida. Sólo la relación entre Rachel y Trevor es más positiva, pero la viudedad la desampara como el abandono diluye a las otras dos madres. Y Wilbur y Nelson verán la decadencia de valores cívicos y humanos por los que han mantenido el campamento.

Este es el esquema. La novela es mucho más: una escritura corajuda de alto poder expresivo y emocional. La complejidad de los personajes los convierte en extraordinarios. La verosimilitud del autor mostrando los tres conflictos que sostienen las tres historias es apabullante. Hace falta mucho talento narrativo y mucho valor para contar así una sola historia en tres partes que abarcan casi un siglo sin perder veracidad, mostrando con toda convicción el paso del tiempo sobre personas y escenarios, templando con tanta maestría el dolor, la emoción y la compasión. Una novela tradicional, sí, pero una novela de una vez.

### El corazón de los hombres

Nickolas Butler. Traducción de Marta Alcazar. Libros del Asteroide, 2017. 416 páginas. 22,95 euros

Un grupo de *boy scouts* saluda a la bandera de EE.UU. DENNIS HALLINAN (GETTY)

ENSAYO

## Meterse en el jardín

POR J. ERNESTO AYALA-DIP

La primera vez que entendí la presencia simbólica de los jardines fue leyendo *Las afinidades electivas*, de Goethe. Se me escapaba su significado y el hecho de que fuera el protagonista masculino quien se ocupara del jardín de la mansión donde vivía con su mujer. Con el tiempo descubrí que se habían escrito profundos artículos sobre el papel del jardín en la novela. En ella, la naturaleza era el territorio del orden espiritual. Tal vez por ello encuentro en el nuevo libro de Mario Sätz (Coronel Pringles, Buenos Aires, 1944), *Pequeños paraísos*, algunas respuestas y agradecidas enseñanzas sobre el papel de los jardines en el imaginario universal. Los jardines son espacios físicos acotados con ambición de totalidad. Mario Sätz, novelista y autor también de libros señeros en el campo de la cábala y la historia de las religiones, nos conduce por la historia de los jardines en tanto espacios físicos y metafóricos. Recorre el jardín chino, el japonés, el persa, el hindú, la memoria de los jardines colgantes de Babilonia. Se demora luego el autor en las partes del todo espiritual que es un jardín: las rosas, los matices del verde, el rumor del agua que los alimenta, el ruido de las cigarras... *Pequeños paraísos* es una guía espiritual. Este es uno de los mayores méritos de este pequeño tratado. Una introducción al ideal de ese *locus amoenus* que todas las civilizaciones imaginaron. La zona de confort de las almas en busca de su paz, la meditación o la plegaria.

### Pequeños paraísos. El espíritu de los jardines

Mario Sätz. Acantilado, 2017. 176 páginas. 14 euros